

Las Perrerías de Mike 3

MIKECRACK

Y LA VENGANZA DEL REY SLIME



TEAMCOMPAS

mī

Las Perrerías de Mike 3

MIKECRACK **Y LA VENGANZA DEL REY SLIME**

m̄r

ÍNDICE

Introducción. Despertar	6
Capítulo 1. El laboratorio	10
Capítulo 2. Una orden difícil de cumplir	26
Capítulo 3. Huida desesperada	38
Capítulo 4. El bosque maldito	50
Capítulo 5. El agua mágica.....	60
Capítulo 6. La ciudad mágica.....	72
Capítulo 7. Muchas preguntas	84
Capítulo 8. Los más buscados	96
Capítulo 9. El disfraz.....	110
Capítulo 10. Las puertas de la ciudad	122
Capítulo 11. La isla	134
Capítulo 12. El castillo.....	148
Capítulo 13. El plan	160
Capítulo 14. El regreso	170
Capítulo 15. La gran revelación	184
Capítulo 16. El final	198
Capítulo 17. Destrucción	216
Epílogo	228

CAPÍTULO 1

EL LABORATORIO

Los científicos a los que se refería Akela eran un hombre mayor con bata blanca y una mujer joven que vestía ropa sencilla. Miraban a la gatita azul y al perrito amarillo como si acabaran de aparecer por arte de magia dentro de su jaula. De fondo sonaba una molesta alarma, que alguien se preocupó de apagar al cabo de unos minutos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el hombre. Se restregó los ojos y parpadeó muchas veces.

—No tengo ni idea... —respondió la mujer.

—Algo ha debido de salir mal... —murmuró el hombre con fastidio. Los dos animales se miraron el uno al otro.

—¿Quién eres tú? —preguntó el perro.

—¿Y tú? —preguntó la gata.

—¡Pueden hablar! —exclamó la mujer.

—¡Es verdad! —añadió el hombre algo confundido—. Pero... ¿no se conocen entre ellos?

La gata frunció el ceño.

—¿Eh? ¿Conocernos? —dudó. Luego miró a su alrededor, buscando algo que le resultara familiar—. ¿Dónde estoy?

La habitación era grande y tenía las paredes pintadas de blanco. Había estanterías repletas de libros y mesas con frascos de colores, así como cuencos llenos de líquidos que burbujearan.

La mujer agarró un par de collares de cuero de los que colgaban unas chapas de metal. Grabó unos códigos sobre ellas y se las enseñó al científico.

—¿Le parece bien que usemos estos nombres? —preguntó.

El hombre solo echó un rápido vistazo.



—Me da lo mismo —dijo, señalando al perro y a la gata como si tuvieran la culpa de algo—. ¡Esto no era lo que tenía que ocurrir!

La mujer abrió la jaula para ponerles los collares.

—¿Qué haces?! —preguntó la gata azul desconfiada.

—No os preocupéis, no vamos a haceros daño —dijo la mujer—. Él es el profesor Craig y yo me llamo Alicia. Solo quería daros estas chapas con vuestros nombres.

A la gata le resultó atractivo el brillo de aquellas cosas.

—¿Nombres? —preguntó, acercándose a curiosear—. ¿Cuál es el mío?

Alicia le enseñó la placa con el código «AK314».

—¿A-ka-tres-uno-cuatro? —leyó, arrugando el hocico mientras le ponían el collar—. ¿Me llamo así?

—Este es el tuyo —le indicó Alicia al perro, que giró la cara para leer el nombre grabado en su placa.

—Eme... uno... —empezó a leer demasiado despacio.



—Pone «Eme-uno-ka-tres» —dijo de corrido la gata.

—¡Eh! ¡Quería leerlo yo! —se quejó el perro—. Pero suena mejor que el tuyo, AK.

—A mí no me suena muy bien ninguno... —comentó la gata mientras Alicia les ponía sus collares.

El profesor Craig resopló cansado de escucharlos.

—No pierdas tiempo hablando con ellos y prepáralos para las pruebas —dijo, antes de salir apresuradamente de la habitación.

—No le hagáis caso, ha tenido un mal día —comentó Alicia.

La gata se rascó la nuca mientras cerraba los ojos.

—No recuerdo nada... —murmuró con frustración.

—¿Tú tampoco, M1? —preguntó Alicia.

El perro negó con la cabeza.

—¿Tú no sabes cómo hemos llegado aquí? —preguntó AK.

Alicia lo pensó un momento antes de responder.

—Bueno... En realidad, este es vuestro hogar: el laboratorio.

—¿Qué es un laboratorio? —quiso saber M1.

Alicia abrió las manos para referirse a la habitación en la que se encontraban.

—Todo esto —respondió—. Es un lugar en el que se hacen experimentos.

—¿Qué es un *perrimento*? —preguntó el perrito ladeando la cabeza.

Alicia comprendió que iba a tener que explicarles muchas cosas.

—Un experimento es... una prueba para ver si las cosas funcionan o no.

—Ah... —aceptó AK pensativa—. Pero ese señor ha dicho que había salido mal... ¿Nosotros no funcionamos?

—No quería decir eso —se apresuró a aclarar Alicia, aunque, en realidad, era más o menos lo que había ocurrido—. Mi jefe se refería a que... Todavía hay que hacer más pruebas.

—¿Qué es un jefe? —pregunto M1.

—La persona que me dice lo que tengo que hacer —explicó Alicia con resignación.

—Ah, claro. Porque tú no sabes hacer las cosas... —supuso el perrito.

—No, no es eso —respondió ella—. Tengo que hacer lo que él me manda.

—¿Y por qué no mandas tú? —dudó AK.

—Porque el rey ha decidido que Craig sea el jefe.

M1 afiló la mirada tratando de entenderlo.

—Así que... ¿el rey manda a tu jefe y tu jefe te manda a ti?

—Eso es.

AK y M1 seguían desconcertados.

—Pero... ¿Por qué? —insistió AK.

—¡Porque me dan dinero! —sentenció Alicia.

—¿Qué es el dinero? —dudó el perro.

Alicia resopló cansada de tanta pregunta.

—Es lo que necesitas para conseguir comida.

—Comida... —murmuró M1 pensativo—. Me suena esa palabra...

¿Qué es la comida?

En ese momento, la panza del perro soltó un suave rugido.

—¿Qué te pasa ahí dentro? —preguntó la gata.

—No lo sé —respondió M1 apretándose la barriga—. Lo noto raro.

—Eso es hambre —explicó Alicia—. Ya es hora de comer.

Alicia colocó en la mesa una cesta llena de pequeños paquetes envueltos en papel. Desenvolvió uno y lo puso dentro en la jaula.

—Son tres raciones para cada uno —dijo.

M1 agarró la primera ración y se la metió en la boca de una sola vez.

—¡Cuidado! —advirtió Alicia—. Es comida concentrada, imás despacio!

El perro tragó la ración sin masticar, haciendo que una enorme bola le bajara por la garganta.

—Hmm... Me gusta —dijo, apresurándose a agarrar la segunda ración y a zampársela de inmediato.

—¡Oye! ¡Esa era para mí! —se quejó AK.

—Como no la agarrabas... —planteó M1 encogiendo los hombros.

Entonces, M1 sacó una pata por entre los barrotes, alcanzó dos raciones más y se las metió en la boca con envoltorio y todo.

—¡M1! —se asustó Alicia—. ¡No puedes hacer eso!

El perro masticó un poco y tragó disfrutando del bocado.

—Sí que puedo. Acabo de hacerlo —comentó con normalidad.

—¡Quiero decir que te va a sentar mal!

M1 le echó una ojeada a su trasero y se sentó en el suelo de la jaula.

—Me siento bien, ¿lo ves?

—No me refiero a sentarte de... ¡Uf! —Alicia se acarició la cara reuniendo paciencia—. ¡Te dolerá la panza por comer tanto!



—¿La comida no es para meterla en el cuerpo? —cuestionó el cachorrito amarillo—. ¿Qué se supone que tengo que hacer con ella?

—Para empezar, no restregártela por la cara —dijo AK cínica.

M1 tenía el hocico manchado y le bajaban dos chorros desde el cuello hasta la panza.

—Es verdad, estás hecho un desastre —admitió Alicia sacándolo de la jaula.

—¿Adónde me llevas? —preguntó el perrito con gesto ilusionado—. ¿Hay más comida?

Alicia apartó la tapa de un balde de agua.

—Tengo que bañarte —dijo—. No puedes estar sucio para los experimentos.

M1 se puso tenso como un palo cuando le metieron dentro del agua.

—¡Ay! ¿Qué es esto? ¡Está frío! —se quejó agobiado.

—Solo es un momento. Mete la cabeza —indicó Alicia.

Sumergió al cachorro dentro del agua, pero él se sacudió y sacó la cabeza por otro lado.

—¡No! ¡No puedo respirar! —gritó—. ¡Quiero salir!

—No lo hagas difícil, M1 —pidió Alicia—. ¡Tengo que lavarte!

—¡No hace falta! —se resistió—. ¡Puedo limpiarme yo solo!

La gata se asomó desde la jaula. Le llamaba la atención el movimiento de aquel líquido transparente.

—¿Puedo probar yo? —preguntó.

—A lo mejor luego —respondió Alicia, tratando de cambiar a M1 de posición. Pero no había forma. El perro se las arreglaba para quedarse fuera y no paraba de estirar la lengua para lamerse la barriga.

—Ya estoy limpio, imira! —dijo.

En ese momento regresó el profesor Craig al laboratorio y descubrió a Alicia peleando para bañar al cachorro.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó extrañado—. La sala de pruebas está lista. Lleva allí a los especímenes.

—Estaba limpiando al perro —explicó Alicia—. Y tengo que dar de comer a la gata porque...

—¡Puede comer más tarde! —la interrumpió Craig—. Es mejor que hagamos los experimentos cuanto antes.

Alicia miró con lástima a AK; todavía no había probado bocado. Soltó a M1, que enseguida saltó dentro de la jaula.

—De acuerdo, profesor —dijo Alicia, pero, en cuanto Craig salió del laboratorio, Alicia le entregó una ración a AK.

La gata le quitó el envoltorio y se la comió de cuatro rápidos mordiscos.

—¡Qué ansia tienes! —se quejó el perro—. ¡Ni siquiera me has preguntado si quería un poco más!

AK miró a M1 con recelo y gruñó.

Alicia puso la jaula sobre un carro con ruedas y los condujo a través de un pasillo. Llegaron a otra sala en la que había muchos animales encerrados en jaulas de diferentes tamaños. Los más pequeños eran unos hámsteres de pelo pardo y blanco, que no paraban de entrar y salir de su laberinto de tubos.

—¡Nuevos vecinos! —exclamó uno en su idioma.





—A saber lo que van a hacer con ellos... —comentó otro.

Desde un rincón, un conejo negro les lanzó una mirada curiosa.

Alicia pasó la jaula a una mesa central. El profesor Craig se acercó y echó una rápida mirada a los cachorros.

—Primero el perro —dijo.

Alicia abrió la jaula y le hizo un gesto a M1, invitándole a salir.

—¿Puedes colocarte aquí? —preguntó.

—Depende. ¿Hay agua? —dudó M1.

Impaciente, el profesor Craig metió las manos en la jaula y sacó a M1 sin ninguna amabilidad.

—No hace falta que se lo pidas por favor, Alicia, ¡son animales! —dijo.

Craig ató las patas del perrito con unas correas para que no pudiera moverse de encima de la mesa. M1 encogió el cuerpo, asustado.

Craig colocó una jaula delante de M1. Dentro había un hámster y una cajita con dos botones: uno rojo y otro verde.

—¡Tú, perro! —dijo el científico—. Ordena al hámster que apriete el botón rojo.

—¿Por qué? —preguntó M1.

—¡Porque lo digo yo!

El científico agarró una varilla metálica y la apretó contra el cuerpo de M1, soltándole una descarga eléctrica. Sin embargo, M1 no se molestó en absoluto.

—¿Qué es ese palo? —quiso saber el perro—. ¿Se come?

Al ver que la electricidad no le hacía daño, Craig anotó algo en su cuaderno.

—No te gustaba el agua, ¿verdad? —preguntó con malicia.

—Nada de nada —sentenció M1.

Craig agarró un rociador que tenía al lado y mojó al perro con él.

—¡Eh! ¡¿Qué haces?! —exclamó M1—. ¡Que me acabo de bañar!

El profesor lo señaló con el lápiz.

—¡Haz lo que te digo con el hámster! —insistió.

M1 miró a Craig con rabia, recordando lo que había dicho Alicia sobre los jefes. Seguro que también la mojaba a ella para que obedeciera.

El hámster dirigía los ojos a M1 y luego a Craig, con cara de duda.

—Ya lo has oído —dijo M1.

—¿Oído? —preguntó el hámster con una serie de chirridos—. ¿A quién?

—¿A quién va a ser? ¡Al humano! —dijo M1.

—¿Qué es un humano? —dudó el hámster.

M1 señaló a Craig.

—¡Ese es un humano! —dijo—. ¡Quiere que aprietes el botón rojo!

El hámster miró a su lado y apretó el botón verde. Se escuchó una bocina desagradable.

—Ese es el verde... —dijo Craig cansado.

—¡Podrías haberlo dicho antes! ¡No distingo los colores! —se quejó M1 a Craig. Luego, M1 retó al hámster—. ¡Ese no era! ¡Dale al rojo!

—¿Qué es un rojo? —cuestionó el roedor, ladeando la cabeza.

—¡Que no lo sé! ¡Pero dale al otro!!

El hámster volvió a apretar el botón verde. M1 se dio cuenta de que aquel bicho era más tonto que una silla.

—¡Eh! ¿Es que estás sordo? —le gritó—. ¡Dale al otro o nos van a mojar a los dos!

El hámster se rascó la nariz con las patas sin comprender absolutamente nada. Encogió los hombros y le dio un cabezazo al botón verde y un manotazo al rojo.

—Pero ¡¿qué haces?! —se quejó M1.

Craig volvió a poner cara de decepción y a tomar notas en su cuaderno.

—¡No es culpa mía! ¡No me hace caso! —trató de defenderse M1.

El científico ignoró al perro y se giró hacia Alicia.

—Puede comunicarse con el ratón, pero no puede controlarlo —dijo—. Y no diferencia los colores...

—Normal... —comentó la gata en tono burlón—. M1 ni siquiera sabe leer...

—¡Sí que sé leer! —replicó el perro—. ¡Y no ha funcionado porque el hámster es sordo!

—¿Qué me has llamado? —quiso saber el hámster.

—¿Lo ves? —señaló M1.

—Puedo probar yo... —sugirió AK.

A Craig no le pareció mala idea.

—De acuerdo, trae a la gata —dijo.

Alicia le quitó las correas a M1 y lo metió en la jaula sacando a AK en su lugar.

—¡No es justo! ¡Quiero otra oportunidad! —se quejó el perro.

—¡Silencio! —lo calló Craig, y después dio una orden directa a AK señalando al hámster—. ¡Vamos, gata! ¡Haz que obedezca!

AK fijó su mirada en el roedor, como si estuviera a punto de saltar sobre él.

—¡Hazlo! —bufó enseñando los dientes—. Dale al botón rojo ¡o te como!

El hámster se había quedado tieso como un palo.

—¡Muévete! —insistió AK.

Pero el roedor estaba paralizado de miedo, sin dejar de mirar los ojos amenazantes de la gata. Harta de esperar, AK alargó la mano, que metió por dentro de la jaula y le agarró por el pescuezo. El hámster reaccionó por instinto pegándole un fuerte mordisco en un dedo.



AK retiró la pata de inmediato.

—¡Au! —se quejó—. ¡¿Qué haces?!

Miró con sorpresa la herida. Era pequeña pero profunda. Se lamó el dedo y, de repente, la herida desapareció.

Craig se quedó perplejo.

—¿Qué ha pasado? —dudó el profesor.

—¡Que me ha mordido, el muy bestia! —protestó AK.

Craig agarró la pata de la gata para examinarla de cerca.

—¡La herida! —dijo—. ¡Ha desaparecido!

Sin dudarle un segundo, Craig agarró una cuchilla de la mesilla de al lado y le hizo un corte a AK en la pata.

—¡Ah! ¿Tú también? —exclamó AK—. ¡Que eso duele!

Sin soltar la pata de AK, Craig echó agua con el rociador y la herida se curó de inmediato.

—¡Increíble! —dijo Craig.

Caminó hasta la jaula y trató de alcanzar a M1 con la cuchilla.

—¡No! ¡A mí no! —se quejó el perro retrocediendo.

Pero Craig estaba empeñado en comprobar si él también era capaz de regenerarse, así que no paró hasta que logró herirle en una pata.

—¡Ay! ¡Joé! —ladró el perro—. ¡Alicia! ¡Controla a tu jefe!

Alicia encogió los hombros sin saber qué responder.

Craig mojó al cachorro con el rociador, pero la herida no desapareció. Al ver a M1 acorralado, AK sintió lástima por él.

—¡Eh! ¡Déjalo! —gritó—. ¡Él no te ha hecho nada!

AK esquivó a Alicia por un extremo y saltó sobre Craig. El profesor agarró a tiempo la vara y le soltó una descarga. Todo el cuerpo de la gata se erizó mientras lanzaba un grito.

—¡¡AAHHH!!

AK cayó al suelo y se alejó, asustada, para saltar a los brazos de Alicia.

Craig no pareció arrepentido de lo que acababa de hacer.

—Vaya, vaya, vaya... —murmuró—. Así que el perro no puede curarse con el agua y a la gata sí que le hace daño la electricidad. Interesante...

—¿Hemos terminado las pruebas? —preguntó Alicia.



—Solo por hoy —dijo Craig. Anotó algo más en su cuaderno y se marchó del laboratorio.

—¡Menos mal! —exclamó la gata—. ¡Qué bruto es ese señor!

—Oye, Alicia, ¿por qué no mojas a tu jefe? —preguntó M1—. Así mandarás tú.

—No es tan sencillo... —respondió ella, metiendo de nuevo a AK en la jaula y cerrando con llave la reja—. Ahora os dejo. Será mejor que descanséis.

Alicia apagó las luces y salió de la habitación.

—No me parece mala idea dormir un rato —dijo M1, tumbándose boca arriba en el suelo y abriendo los brazos y las piernas—. ¡Estoy harto de tanto perrimento!

—¿No pensarás dormir así? —cuestionó la gata, haciéndose un hueco a su lado—. Casi no tengo sitio.

—Esta jaula es pequeña —explicó M1.

AK arrastró el cuerpo para empujar un poco a su compañero.

—¡Eh! ¡No te metas en mi lado! —protestó el perro.

—¡Te has quedado con más espacio!

—¡Porque soy más grande!

—¡Más gordo! —se burló ella.

—¡No! ¡Grande! —replicó M1.

Todavía se empujaron unas cuantas veces más antes de dormir. Después, durante la noche, M1 no paró de moverse, de roncar y de golpear a AK con las patas.

—¿Qué haces? ¡Estate quieto! —se quejó la gata.

—Báñate tú... —murmuró el perro entre sueños—, que yo no veo los colores...

Las siguientes noches fueron todas iguales. Y los días también. Los despertaban y hacían pruebas con ellos. Una tras otra. Solo paraban para comer, y M1 seguía zampándose la mayoría de las raciones.

—¡Oye, déjame un poco! —se quejaba AK.

—¡Comes muy despacio! —respondía M1—. ¡Será que no tienes tanta hambre como yo!

—¿Cómo no voy a tener hambre? ¡Si no puedo dormir!

—Ya. La jaula no es muy cómoda, ¿verdad? —planteó M1.

—¡¿¿Qué??!! —preguntó la gata enfadada—. ¡Es por tu culpa! ¡No paras de moverte!

—¿Yo? —dudó M1—. ¡Pero si me quedo en un rinconcito!

—¡Silencio! —los interrumpió de repente Craig.

AK y M1 se dieron un buen susto. No esperaban que el profesor apareciera por allí a esa hora. Normalmente no había más pruebas después de la cena.

Craig sostenía un objeto extraño en la mano. Era un tubo alargado y con una punta en un extremo.

—Bien... —murmuró el profesor con sonrisa maliciosa—. Ha llegado el momento de la vacuna.

